

CIVILIZACIÓN PATRIARCAL Y ORIGENES DEL GÉNERO



John Zerzan

La civilización, fundamentalmente, es la historia de la dominación de la naturaleza y de las mujeres. Patriarcado significa dominio sobre las mujeres y la naturaleza. ¿Son las dos opresiones en esencia sinónimas?

John Zerzan, el postulante del anarcoprimitivismo nos introduce en los orígenes del género, el dominio patriarcal y el surgimiento de la civilización.

John Zerzan

**CIVILIZACIÓN PATRIARCAL
Y ORÍGENES DEL GÉNERO**

Recuperado el 13 de abril de 2010 de:
www.insurgentdesire.org.uk



The Anarchist
Library

<https://theanarchistlibrary.org/special/index>

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PATRIARCADO, CIVILIZACIÓN Y ORÍGENES DEL GÉNERO

La filosofía ha ignorado principalmente el vasto reino del sufrimiento que se ha desarrollado desde que comenzó, en la división del trabajo, su largo curso. Hélène Cixous llama a la historia de la filosofía una “cadena de padres”. Las mujeres están tan ausentes como el sufrimiento, y ciertamente son sus parientes más cercanas.

Camille Paglia, teórica literaria antifeminista, medita así sobre la civilización y las mujeres:

“Cuando veo una grúa gigante pasando sobre un camión de plataforma, me detengo con asombro y reverencia, como lo haría alguien ante una procesión de una iglesia. Qué poder de concepción, qué grandiosidad: estas grúas nos vinculan al antiguo Egipto, donde se imaginó y logró por primera vez la arquitectura monumental. Si la

civilización hubiera quedado en manos femeninas, todavía viviríamos en chozas de paja”¹.

Las “glorias” de la civilización y el desinterés de las mujeres por ellas. Para algunos de nosotros, las “chozas de paja” representan no tomar el camino equivocado, el de la opresión y la destructividad. A la luz del impulso de muerte globalmente metastatizante de la civilización tecnológica, ¡si tan sólo viviéramos en chozas de paja!

Las mujeres y la naturaleza están universalmente devaluadas por el paradigma dominante y ¿quién no puede ver lo que esto ha provocado? Ursula Le Guin nos da un sano correctivo a la opinión de Paglia:

“El Hombre Civilizado dice: Yo soy el Yo, soy el Maestro, todo lo demás es otro: afuera, abajo, debajo, subordinado. Poseo, uso, exploro, exploto, controlo. Lo que hago es lo que importa. Lo que quiero es para qué sirve la materia. Soy lo que soy, y el resto son mujeres y naturaleza salvaje, para ser utilizadas como mejor me parezca”².

Ciertamente hay muchos que creen que existieron civilizaciones primitivas que fueron matriarcales. Pero

1 Camille Paglia, *Sexual Personae: Art and Decadence from Nefertiti to Emily Dickinson* (Yale University Press: New Haven, 1990), p. 38.

2 Ursula Le Guin, “Women/Wildness,” en Judith Plant, ed., *Healing the Wounds* (New Society: Philadelphia, 1989), p. 45.

ningún antropólogo o arqueólogo, incluidas las feministas, ha encontrado evidencia de tales sociedades. “La búsqueda de una cultura genuinamente igualitaria, y mucho menos matriarcal, ha resultado infructuosa”, concluye Sherry Ortner³.

Sin embargo, hubo un largo período de tiempo en el que las mujeres estuvieron generalmente menos sujetas a los hombres, antes de que la cultura definida por los hombres se volviera fija o universal. Desde la década de 1970, antropólogos como Adrienne Zihlman, Nancy Tanner y Frances Dahlberg⁴ han corregido el enfoque o estereotipo anterior del “Hombre Cazador” prehistórico por el de “Mujer Recolectora”. La clave aquí es el dato de que, como promedio general, las sociedades de bandas preagrícolas recibían alrededor del 80 por ciento de su sustento de la recolección y el 20 por ciento de la caza. Es posible exagerar la distinción entre caza y recolección y pasar por alto aquellos grupos en los que, en grados significativos, las mujeres han cazado y los

3 Sherry B. Ortner, *Making Gender: the Politics and Erotics of Culture* (Beacon Press: Boston, 1996), pág. 24. Véase también Cynthia Eller, *The Myth of Matriarchal Prehistory: Why an Invented Past Won't Give Women a Future* (Beacon Press: Boston, 2000).

4 Por ejemplo, Adrienne L. Zihlman y Nancy Tanner, “Gathering and Hominid Adaptation”, en Lionel Tiger y Heather Fowler, eds., *Female Hierarchies* (Beresford: Chicago, 1978); Adrienne L. Zihlman, “Women in Evolution,” *Signs* 4 (1978); Frances Dahlberg, *Woman the Gatherer* (Yale University Press: New Haven, 1981); Elizabeth Fisher, *Woman's Creation: Sexual Evolution and the Shaping of Society* (presentadora/Doubleday: Garden City NY, 1979).

hombres se han reunido⁵. Pero la autonomía de las mujeres en las sociedades recolectoras tiene sus raíces en el hecho de que los recursos materiales para la subsistencia están igualmente disponibles para mujeres y hombres en sus respectivas esferas de actividad.

En el contexto del espíritu generalmente igualitario de las sociedades cazadoras-recolectoras o recolectoras, antropólogos como Eleanor Leacock, Patricia Draper y Mina Caulfield han descrito una relación generalmente igualitaria entre hombres y mujeres⁶. En entornos donde la persona que adquiere algo también lo distribuye y donde las mujeres obtienen alrededor del 80 por ciento del sustento, son en gran medida las mujeres quienes determinan los movimientos de la sociedad y la ubicación de los campamentos. De manera similar, la evidencia indica que

5 James Steele y Stephan Shennan, eds., *The Archaeology of Human Ancestry* (Routledge: Nueva York, 1995), pág. 349. Además, M. Kay Martin y Barbara Voorhies, *Female of the Species* (Columbia University Press: Nueva York, 1975), págs. 210-211, por ejemplo.

6 Leacock se encuentra entre los más insistentes, afirmando que cualquier dominación masculina que exista en sociedades supervivientes de este tipo se debe a los efectos de la dominación colonial. Véase Eleanor Burke Leacock, "Women's Status in Egalitarian Society", *Current Anthropology* 19 (1978); y sus mitos sobre la dominancia masculina (Monthly Review Press: Nueva York, 1981). Véase también S. y G. Cafferty, "Powerful Women and the Myth of Male Dominance in Aztec Society", *Archaeology from Cambridge* 7 (1988).

tanto mujeres como hombres fabricaban las herramientas de piedra utilizadas por los pueblos preagrícolas⁷.

En los pueblos matrilocales, como iroqueses, crow y otros grupos indios americanos, las mujeres podían terminar una relación matrimonial en cualquier momento. En general, los hombres y las mujeres en la sociedad de bandas se mueven libre y pacíficamente de una banda a otra, así como también dentro o fuera de relaciones⁸. Según Rosalind Miles, los hombres no sólo no controlan ni explotan el trabajo de las mujeres, sino que “ejercen poco o ningún control sobre los cuerpos de las mujeres o los de sus hijos, sin fetichizar la virginidad o la castidad y sin exigir nada a las mujeres en cuanto a exclusividad sexual”⁹. Zubeeda Banu Quraishy ofrece un ejemplo africano: “Las asociaciones de género mbuti se caracterizaban por la armonía y la cooperación”¹⁰.

7 Joan Gero y Margaret W. Conkey, eds., *Engendering Archaeology* (Blackwell: Cambridge MA, 1991); CFM Bird, “Woman the Toolmaker”, en *Women in Archaeology* (Escuela de Investigación de Estudios Asiáticos y del Pacífico: Canberra, 1993).

8 Claude Meillasoux, *Maidens, Meal and Money* (Cambridge University Press: Cambridge, 1981), pág.16.

9 Rosalind Miles, *The Women's History of the World* (Michael Joseph: Londres, 1986), pág.16.

10 Zubeeda Banu Quraishy, “Gender Politics in the Socio-Economic Organization of Contemporary Foragers”, en Ian Keen y Takako Yamada, eds., *Identity and Gender in Hunting and Gathering Societies* (Museo Nacional de Etnología: Osaka, 2000), pag. 196.

Y, sin embargo, uno se pregunta: ¿fue realmente la situación tan optimista? Dada una devaluación aparentemente universal de las mujeres, que varía en sus formas pero no en su esencia, persiste la pregunta de cuándo y cómo fue básicamente diferente. Existe una división fundamental de la existencia social según el género y una jerarquía obvia en esta división. Para la filósofa Jane Flax, los dualismos más arraigados, incluidos incluso los de sujeto-objeto y mente-cuerpo, son un reflejo de la desunión de género¹¹.

El género no es lo mismo que la distinción natural/fisiológica entre los sexos. Se trata de una categorización y clasificación cultural basada en una división sexual del trabajo que puede ser la forma cultural de mayor importancia. Si el género introduce y legitima la desigualdad y la dominación, ¿qué podría ser más importante que cuestionar? Entonces, en términos de orígenes –y en términos de nuestro futuro– se presenta la cuestión de la sociedad humana sin género.

Sabemos que la división del trabajo condujo a la domesticación y la civilización e impulsó el sistema globalizado de dominación actual. También parece que la división sexual del trabajo impuesta artificialmente fue su

11 Jane Flax, “Political Philosophy and the Patriarchal Unconscious”, en Sandra Harding y Merrill B. Hintikka, eds., *Discovering Reality* (Reidel: Dordrecht, 1983), págs.

forma más temprana, lo que también fue, de hecho, la afirmación del género.

Compartir alimentos ha sido reconocido desde hace mucho tiempo como un sello distintivo del modo de vida de búsqueda de alimento. También se comparte la responsabilidad del cuidado de la descendencia, algo que todavía se puede ver entre las pocas sociedades de cazadores-recolectores que quedan, en contraste con la vida familiar privatizada y aislada en la civilización. Lo que consideramos familia no es una institución eterna, como tampoco la maternidad exclusivamente femenina fue inevitable en la evolución humana¹².

La sociedad se integra mediante la división del trabajo y la familia se integra mediante la división sexual de las tareas. La necesidad de integración presagia una tensión, una división que exige una base para la cohesión o la solidaridad. En este sentido Testart tiene razón: “La jerarquía es inherente al parentesco”¹³. Y con su base en la división del trabajo, las relaciones de parentesco se convierten en relaciones de producción. “El género es inherente a la naturaleza misma del parentesco”, como señala Cucchiari,

12 Véase Patricia Elliott, *From Mastery to Analysis: Theories of Gender in Psychoanalytic Feminism* (Cornell University Press: Ithaca, 1991), p.ej. p. 105.

13 Alain Testart, “Aboriginal Social Inequality and Reciprocity”, *Oceanía* 60 (1989), pág. 5.

“que no podría existir sin él”¹⁴. Es en este ámbito donde se puede explorar la raíz de la dominación de la naturaleza y de la mujer.

A medida que la búsqueda de grupos combinados en sociedades de bandas dio paso a roles especializados, las estructuras de parentesco formaron la infraestructura de relaciones que se desarrollaron en la dirección de la desigualdad y las diferencias de poder. Por lo general, las mujeres quedaron inmovilizadas por una función privatizadora de cuidado infantil; este patrón se profundizó más adelante, más allá de las supuestas exigencias de ese rol de género. Esta separación y división del trabajo basada en el género comenzó a ocurrir alrededor de la transición del Paleolítico Medio al Superior¹⁵.

El género y el sistema de parentesco son construcciones culturales puestas por encima y en contra de los sujetos biológicos involucrados, “sobre todo la organización

14 Salvatore Cucchiari, “The Gender Revolution and the Transition from Bisexual Horde to Patrilocal Band”, en Sherry B. Ortner y Harriet Whitehead, eds., *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality* (Cambridge University Press: Cambridge Reino Unido, 1984), pág. 36. Este ensayo es de gran importancia.

15 Olga Soffer, “Social Transformations at the Middle to Upper Paleolithic Transition”, en Günter Brauer y Fred H. Smith, eds., *Replacement: Controversies in Homo Sapiens Evolution* (AA Balkema: Rotterdam 1992), p. 254.

simbólica del comportamiento”, según Juliet Mitchell¹⁶. Puede ser más revelador mirar la cultura simbólica misma como lo requiere la sociedad de género, por “la necesidad de mediar simbólicamente en un cosmos severamente dicotomizado”¹⁷. La cuestión de qué vino primero se presenta y es difícil de resolver. Está claro, sin embargo, que no hay evidencia de actividad simbólica (por ejemplo, pinturas rupestres) hasta que aparentemente el sistema de género, basado en la división sexual del trabajo, estuvo en marcha¹⁸.

En el Paleolítico superior, la época inmediatamente anterior a la revolución neolítica de domesticación y civilización, la revolución de género había triunfado. Los signos masculinos y femeninos están presentes en el primer arte rupestre, hace unos 35.000 años. La conciencia de género surge como un conjunto de dualidades que lo abarca todo, un espectro de una sociedad dividida. En la nueva polarización, la actividad se relaciona con el género y se define por género. El papel de cazador, por ejemplo, se desarrolla en asociación con los machos, y sus necesidades se atribuyen al género masculino como rasgos deseados.

16 Juliet Mitchell, *Women: The Longest Revolution* (Virago Press: Londres, 1984), p. 83.

17 Cucchiari , op.cit ., p. 62.

18 Robert Briffault, *The Mothers: the Matriarchal Theory of Social Origins* (Macmillan: Nueva York, 1931), p. 159.

Lo que había sido mucho más unitario o generalizado, como la búsqueda de comida en grupo o la responsabilidad comunitaria del cuidado de los niños, ahora se había convertido en esferas separadas en las que aparecen los celos sexuales y la posesividad. Al mismo tiempo, lo simbólico emerge como una esfera o realidad separada. Esto es revelador en términos del contenido del arte, así como del ritual y su práctica. Es arriesgado extrapolar del presente al pasado remoto, pero las culturas no industrializadas supervivientes pueden arrojar algo de luz. Los Bimin-Kushusmin de Papúa Nueva Guinea, por ejemplo, consideran que la división masculino-femenino es fundamental y definitoria. La “esencia” masculina, llamada finiiik, no sólo significa cualidades poderosas y guerreras sino también de ritual y control. La “esencia” femenina, o khaapkhabuurien, es salvaje, impulsiva, sensual e ignorante de los rituales¹⁹. De manera similar, los Mansi del noroeste de Siberia imponen severas restricciones a la participación de las mujeres en sus prácticas rituales²⁰. En el caso de las sociedades de bandas, no es exagerado decir que la presencia o ausencia de rituales es crucial para la cuestión de la subordinación de las

19 Theodore Lidz y Ruth Williams Lidz, *Oedipus in the Stone Age* (International Universities Press: Madison CT, 1988), p. 123.

20 Elena G. Fedorova, “The Role of Women in Mansi Society”, en Peter P. Schweitzer, Megan Bieseley y Robert K. Hitchcock, eds., *Hunters and Gatherers in the Modern World* (Berghahn Books: Nueva York, 2000), pag. 396.

mujeres²¹. Gayle Rubin concluye que “la derrota histórica mundial de las mujeres ocurrió con los orígenes de la cultura y es un requisito previo de la cultura”²².

El ascenso simultáneo de la cultura simbólica y la vida de género no es una coincidencia. Cada una de ellas implica un cambio básico desde una vida no separada y no jerarquizada. La lógica de su desarrollo y extensión es una respuesta a las tensiones y desigualdades que encarnan; ambos están dialécticamente interconectados con la primera división artificial del trabajo.

Inmediatamente después de la alteración género/simbólico, vino otro Gran Salto Adelante, hacia la agricultura y la civilización. Este es el definitivo “elevarse por encima de la naturaleza”, anulando los dos millones de años anteriores de inteligencia no dominante e intimidad con la naturaleza. Este cambio fue decisivo como consolidación e intensificación de la división del trabajo. Meillasoux nos recuerda sus inicios:

21 Steven Harrall, *Familias humanas* (Westview Press: Boulder CO, 1997), p. 89. “Examples of the link between ritual and inequality in forager societies are widespread”, según Stephan Shennan, “Social Inequality and the Transmission of Cultural Traditions in Forager Societies”, en Steele y Shennan, *op.cit.*, p. 369.

22 Gayle Rubin, “The Traffic in Women,” *Toward an Anthropology of Women* (Monthly Review Press: Nueva York, 1979), p. 176.

Nada en la naturaleza explica la división sexual del trabajo, ni instituciones como el matrimonio, la conyugalidad o la filiación paterna. Todos se imponen a las mujeres mediante coacción; por lo tanto, todos son hechos de la civilización que deben explicarse, no utilizarse como explicaciones²³.

Kelkar y Nathan, por ejemplo, no encontraron mucha especialización de género entre los cazadores-recolectores del oeste de la India, en comparación con los agricultores de allí²⁴. La transición de la búsqueda de alimentos a la producción de alimentos trajo cambios radicales similares en las sociedades de todo el mundo. Es instructivo, por citar otro ejemplo más cercano al presente, que el pueblo muskogee del sudeste americano defendiera el valor intrínseco del bosque indómito y no domesticado; los civilizadores coloniales atacaron esta postura tratando de reemplazar la tradición matrilineal muskogee con relaciones patrilineales²⁵.

El lugar de la transformación de lo salvaje en cultural es el domicilio, a medida que las mujeres se van limitando

23 Meillasoux, op.cit., págs. 20-21.

24 Citado por Indra Munshi, "Women and Forest: A Study of the Warlis of Western India", en Govind Kelkar, Dev Nathan y Pierre Walter, eds., *Gender Relations in Forest Societies in Asia: Patriarchy at Odds* (Sage: Nueva Delhi, 2003), pág. 268.

25 Joel W. Martin, *Sacred Revolt: The Muskogees 'Struggle for a New World* (Beacon Press: Boston, 1991), págs. 99, 143.

progresivamente a sus horizontes. La domesticación se basa aquí también etimológicamente, en el latín domus, u hogar. La incidencia en el trabajo pesado, menos robustez que la búsqueda de alimento, muchos más hijos y una esperanza de vida más baja que la de los hombres se encuentran entre las características de la existencia agrícola de las mujeres²⁶. Aquí aparece otra dicotomía, la distinción entre trabajo y no trabajo, que durante muchísimas generaciones no existió. Del lugar de producción diferenciado por género y su constante extensión surgen otros cimientos de nuestra cultura y mentalidad.

26 La producción de maíz, una de las contribuciones de América del Norte a la domesticación, “tuvo un efecto tremendo en el trabajo y la salud de las mujeres”. El estatus de las mujeres “estaba definitivamente subordinado al de los hombres en la mayoría de las sociedades hortícolas de [lo que ahora es] el este de los Estados Unidos” en el momento del primer contacto europeo. La referencia proviene de Karen Olsen Bruhns y Karen E. Stothert, *Women in Ancient America* (University of Oklahoma Press: Norman, 1999), pág. 88. También, por ejemplo, Gilda A. Morelli, “Growing Up Female in a Farmer Community and a Forager Community”, en Mary Ellen Mabeck, Alison Galloway y Adrienne Zihlman, eds., *The Evolving Female* (Princeton University Press: Princeton, 1997): “Los niños jóvenes recolectores de Efe [Zaire] están creciendo en una comunidad donde la relación entre hombres y mujeres es mucho más igualitaria que la relación entre hombres y mujeres agricultores” (p. 219). Véase también Catherine Panter-Brick y Tessa M. Pollard, “Work and Hormonal Variation in Subsistence and Industrial Contexts”, en C. Panter-Brick y CM Worthman, eds., *Hormones, Health, and Behavior* (Cambridge University Press: Cambridge, 1999), en términos de cuánto más trabajo realizan, en comparación con los hombres, las mujeres que cultivan frente a las que se dedican a la recolección de alimentos.

Las mujeres confinadas, si no completamente pacificadas, son definidas como pasivas. Como la naturaleza, de valor con algo que se debe producir; esperando la fertilización, la activación desde fuera de sí misma. Las mujeres experimentan el paso de la autonomía y la igualdad relativa en grupos anárquicos pequeños y móviles a un estatus controlado en asentamientos gobernados grandes y complejos.

La mitología y la religión, compensaciones de la sociedad dividida, dan testimonio de la posición reducida de la mujer. En la Grecia de Homero, las tierras en barbecho (no domesticadas por el cultivo de cereales) se consideraban femeninas, la morada de Calipso, de Circe, de las sirenas que tentaron a Odiseo a abandonar los trabajos de la civilización. Tanto la tierra como las mujeres vuelven a ser sujetos de dominación. Pero este imperialismo traiciona rastros de conciencia culpable, como en los castigos a quienes están asociados con la domesticación y la tecnología, en los cuentos de Prometeo y Sísifo. El proyecto de agricultura se sintió, en algunas zonas más que en otras, como una violación; de ahí la incidencia de la violación en las historias de Deméter. Con el tiempo, a medida que aumentan las pérdidas, las grandes relaciones madre-hija del mito griego (Deméter-Corea, Clitemnestra-Ifigenia, Yocasta-Antígona, por ejemplo) desaparecen.

En Génesis, el primer libro de la Biblia, la mujer nace del cuerpo del hombre. La Caída del Edén representa la

desaparición de la vida de cazadores-recolectores, la expulsión a la agricultura y el trabajo duro. Se culpa de ello a Eva, por supuesto, que lleva el estigma de la Caída²⁷. Es bastante irónico que la domesticación sea producida por el miedo y el rechazo de la naturaleza y de la mujer, mientras que el mito del Jardín culpa a la principal víctima de su escenario, en la realidad.

La agricultura es una conquista que cumple lo que comenzó con la formación y el desarrollo del género. A pesar de la presencia de figuras de diosas, unidas a la piedra de toque de la fertilidad, en general la cultura neolítica está muy preocupada por la virilidad. Desde las dimensiones emocionales de este masculinismo, tal como lo ve Cauvin, la domesticación animal debe haber sido principalmente una iniciativa masculina²⁸. El distanciamiento y el énfasis en el poder han estado con nosotros desde entonces; la expansión de fronteras, por ejemplo, como energía masculina que somete a la naturaleza femenina, una frontera tras otra.

Esta trayectoria ha alcanzado proporciones abrumadoras, y por todas partes se nos dice que no podemos evitar involucrarnos con la ubicua tecnología. Pero el patriarcado

27 El pueblo Etoro de Papúa Nueva Guinea tiene un mito muy similar en el que Nowali, conocida por su destreza en la caza, es responsable de la caída de los Etoro de un estado de bienestar. Raymond C. Kelly, *Constructing Inequality* (University of Michigan Press: Ann Arbor, 1993), pág. 524.

28 Jacques Cauvin, *The Birth of the Gods and the Origins of Nature* (Cambridge University Press: Cambridge, 2000), pág. 133.

también está en todas partes y una vez más se presume la inferioridad de la naturaleza. Afortunadamente, “muchas feministas”, dice Carol Stabile, sostienen que “el rechazo de la tecnología es fundamentalmente idéntico al rechazo del patriarcado”²⁹.

Hay otras feministas que reclaman ser parte de la empresa tecnológica, que plantea un “escape del cuerpo” virtual y cyborg y su historia de subyugación de género. Pero esta huida es ilusoria, un olvido de todo el conjunto y la lógica de las instituciones opresivas que conforman el patriarcado. El futuro incorpóreo de la alta tecnología sólo puede ser más del mismo curso destructivo.

Freud consideró fundamental, tanto cultural como psicológicamente, ocupar el lugar de uno como sujeto de género. Pero sus teorías asumen una subjetividad de género ya presente y, por lo tanto, plantean muchas preguntas. Varias consideraciones siguen sin abordarse, como el género como expresión de las relaciones de poder y el hecho de que llegamos a este mundo como criaturas bisexuales.

29 Carol A. Stabile, *Feminism and the Technological Fix* (Manchester University Press: Manchester, 1994), pág. 5.

Carla Freeman plantea una pregunta pertinente en su ensayo titulado “¿Es local a global como femenino a masculino? Repensar el género de la globalización”³⁰.

La crisis general de la modernidad tiene sus raíces en la imposición del género. La separación y la desigualdad comienzan aquí en el período en que emerge la propia cultura simbólica, que pronto se vuelve definitiva como domesticación y civilización: el patriarcado. La jerarquía de género no puede reformarse más que el sistema de clases o la globalización. Sin una liberación de la mujer profundamente radical, estamos condenadas a la estafa y la mutilación mortales que ahora se cobran un precio terrible en todas partes. La totalidad de la falta de género original puede ser una receta para nuestra redención.

30 Carla Freeman, “Is Local: Global as Feminine: Masculine? Rethinking the Gender of Globalization,” *Signs* 26 (2001).